

VI. HOMBRES DE ORACIÓN MUY ESCASOS

«Nuestro Redentor estaba en el Huerto de Getsemaní. Su hora había llegado. Sentía como si fuera a ser fortalecido en cierta medida, si tuviera a dos o tres discípulos cerca de Él. Sus tres discípulos escogidos estaban a un tiro de piedra de la escena de Su agonía; pero todos dormían para que se cumpliera la Escritura: "He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo". Los ocho, a lo lejos, eran discípulos buenos y verdaderos; pero eran solo hombres ordinarios, o hombres con un llamamiento común». —Alexander Whyte.

Ninguna insistencia en la Biblia es más urgente que la orden que da a los hombres de orar. Ninguna exhortación contenida en ella es más cordial, más solemne y más conmovedora. Ningún principio se inculca con más fuerza que aquel de que «los hombres deben orar siempre y no desmayar». En vista de esta amonestación, es pertinente preguntar si los cristianos son hombres y mujeres de oración en algo así como cuerpo y masa. ¿Es la oración un curso fijo en las escuelas de la Iglesia? En la escuela dominical, en el hogar, en los colegios, ¿tenemos graduados en la escuela de la oración? ¿Está la Iglesia produciendo a aquellos que tienen diplomas de la gran universidad de la oración? Esto es lo que Dios requiere, lo que Él manda, y es a aquellos que poseen tales cualificaciones a quienes Él debe tener para cumplir Sus propósitos y llevar a cabo la obra de Su Reino en la tierra.

Y es oración ferviente la que necesita ser hecha. La oración lánguida, sin corazón ni fuerza, sin fuego ni tenacidad, derrota su propio propósito declarado. El profeta de tiempos antiguos lamenta que en un día que necesitaba oración ferviente no hubiera nadie que «se esforzara para aferrarse de Dios». Cristo nos encarga «no desmayar» en nuestra oración. La laxitud y la indiferencia son grandes obstáculos para la oración, tanto para la práctica de orar como para el proceso de recibir; se requiere un espíritu valiente, fuerte, intrépido e insistente para involucrarse en la oración exitosa. La difusión, también, interfiere con la efectividad. Demasiadas peticiones rompen la tensión y la unidad, y engendran negligencia. Las oraciones deben ser específicas y urgentes. Demasiadas palabras,

como demasiada anchura, engendran bajíos y bancos de arena. Un solo objetivo que absorbe todo el ser e inflama al hombre entero, es la fuerza propiamente restrictiva en la oración.

Es fácil ver cómo la oración fue un factor decretado en las dispensaciones anteriores a la venida de Jesús, y cómo sus líderes tenían que ser hombres de oración; cómo la revelación más poderosa que Dios hizo de Sí mismo fue una revelación hecha a través de la oración. Y, finalmente, cómo Jesucristo, en Su ministerio personal, y en Su relación con Dios, fue grande y constante en la oración. Sus labores y dispensación desbordaron de plenitud en proporción a Sus oraciones. Las posibilidades de Su oración eran ilimitadas y las posibilidades de Su ministerio estaban en consonancia. La necesidad de Su oración fue igualada solo por la constancia con que la practicó durante Su vida temprana.

La dispensación del Espíritu Santo es una dispensación de oración, en un sentido preeminente. Aquí la oración tiene una relación esencial y vital. Sin depreciar las posibilidades y necesidades de la oración en todas las dispensaciones precedentes de Dios en el mundo, debe declararse que es en esta última dispensación donde los compromisos y demandas de la oración reciben su mayor autoridad, sus posibilidades se vuelven ilimitadas y su necesidad insuperable.

Estos días nuestros tienen gran necesidad de una generación de hombres de oración, una banda de hombres y mujeres a través de quienes Dios pueda traer Sus grandes y Sus más grandes movimientos más plenamente al mundo. El Señor nuestro Dios no está estrechado dentro de Sí mismo, pero Él está estrechado en nosotros, a causa de nuestra poca fe y débil oración. Se necesita grandemente una raza de cristianos que busquen incansablemente a Dios, que no le den descanso, día y noche, hasta que Él escuche su clamor. Los tiempos demandan hombres de oración que estén totalmente sedientos de la gloria de Dios, que sean amplios y desinteresados en sus deseos, inextinguibles por Dios, que lo busquen tarde y temprano, y que no se den descanso a sí mismos hasta que toda la tierra sea llena de Su gloria.

Se necesitan hombres y mujeres cuyas oraciones den al mundo el máximo poder de Dios; que hagan florecer Sus promesas con resultados ricos y plenos. Dios está esperando escucharnos y nos desafía a hacer que Él haga esto por medio de nuestra oración. Él nos está pidiendo, hoy, como lo hizo con Su antiguo Israel, que lo «probemos ahora con esto». Detrás de la Palabra de Dios está Dios mismo, y leemos: «Así dice el Señor, el Santo de Israel, su Hacedor: Preguntadme de las cosas por venir concernientes a mis hijos, y acerca de la obra de mis manos, mandadme». Como si Dios se colocara en las manos y a disposición de Su pueblo que ora, como en efecto lo hace.

El elemento dominante de toda oración es la fe, que es conspicua, cardinal y enfática. Sin tal fe es imposible agradar a Dios, e igualmente imposible orar.

Existe una concepción corriente de los deberes espirituales que tiende a separar el púlpito y el banco, como si el púlpito llevara toda la carga de las preocupaciones espirituales, y mientras el banco se preocupara solo por deberes que se relacionan con la esfera inferior de lo secular y mundano. Tal visión necesita una corrección drástica. La causa de Dios, sus obligaciones, esfuerzos y éxitos, recaen con igual presión sobre el púlpito y el banco.

Pero el hombre en el banco no está gravado con la carga de la oración como debería estarlo, y como debe estarlo, antes de que cualquier nueva visitación de poder venga a la Iglesia. La Iglesia nunca será completamente para Dios hasta que los bancos estén llenos de hombres de oración. La Iglesia no puede ser lo que Dios quiere que sea hasta que aquellos de sus miembros que son líderes en los negocios, la política, la ley y la sociedad, sean líderes en la oración.

Dios comenzó Sus primeros movimientos en el mundo con hombres de oración. Él escogió a tal hombre para ser el padre de aquella raza que llegó a ser Su pueblo escogido en el mundo por cientos de años, a quien Él confió Sus oráculos, y de quien surgió el Mesías Prometido. Abraham, un líder de la causa de Dios, fue preeminentemente un hombre de oración. Cuando consideramos su conducta y carácter, fácilmente vemos cómo la oración gobernó e influyó a este gran líder del pueblo de Dios en el desierto. «Abraham plantó un bosque en

Beerseba, e invocó allí el nombre del Señor, el Dios eterno», y es un hecho sobresaliente que dondequiera que él plantó su tienda y acampó por una temporada, con su casa, allí erigió el altar de sacrificio y de oración. Suya era una religión personal y familiar, en la que la oración era un factor prominente y permanente.

La oración es el medio de revelación divina. Es a través de la oración que Dios se revela a Sí mismo al alma espiritual hoy, así como en los días del Antiguo Testamento Él hizo Sus revelaciones a los hombres que oraban. Dios se muestra a Sí mismo al hombre que ora. «Dios es contigo en todo lo que haces». Esta era la clara convicción de aquellos que querían hacer un pacto con Abraham, y la razón de este tributo era la creencia comúnmente sostenida concerniente al patriarca de que no solo era un hombre de oración, sino un hombre cuyas oraciones Dios respondería. Este es el resumen y secreto del gobierno divino en la Iglesia. En todas las edades Dios ha gobernado la Iglesia por hombres de oración. Cuando la oración falla, el gobierno divino cae. Como hemos visto, Abraham, el padre de los fieles, era un príncipe y un sacerdote en la oración. Tenía una influencia notable con Dios. Dios detiene Su venganza mientras Abraham ora. Su misericordia está suspendida y condicionada a la oración de Abraham. Sus visitaciones de ira son removidas por la oración de este gobernante en Israel. Los movimientos de Dios son influenciados por las oraciones de Abraham, el amigo de Dios. La recta piedad de oración de Abraham le permite compartir los secretos de los consejos de Dios, mientras que el conocimiento de estos secretos extrae e intensifica su oración. Con Abraham, el altar del sacrificio está cerca del altar de la oración. Con él, el altar de la oración santifica el altar del sacrificio. A Abimelec Dios dijo: «Abraham es profeta, y él orará por ti, y vivirás».

El pueblo cristiano debe orar por los hombres. En una ocasión, Samuel dijo al pueblo: «Además, en cuanto a mí, lejos esté de mí que peque contra el Señor cesando de orar por vosotros». ¡Afortunados para este pueblo pecador que había rechazado a Dios y deseado un rey humano, que tuvieran en Israel un hombre de oración! El camino real para agrandar la gracia personal es orar por otros. La oración intercesora es un medio de gracia para aquellos que la ejercen. Entramos

en los campos más ricos del crecimiento espiritual y reunimos sus riquezas inestimables en las avenidas de la oración intercesora. Orar por los hombres es de nombramiento divino, y representa la forma más alta de servicio cristiano.

Los hombres deben orar, y se debe orar por los hombres. El cristiano debe orar por todas las cosas, por supuesto, pero las oraciones por los hombres son infinitamente más importantes, así como los hombres son infinitamente más importantes que las cosas. Así también las oraciones por los hombres son mucho más importantes que las oraciones por las cosas, porque los hombres conciernen más profundamente a la voluntad de Dios y a la obra de Jesucristo que las cosas. Se debe cuidar de los hombres, compadecerse de ellos y orar por ellos, porque la simpatía, la piedad, la compasión y el cuidado acompañan y preceden a la oración por los hombres, cuando no son llamados a salir por las cosas.

Todo esto hace de la oración un verdadero negocio, no un juego de niños, ni un asunto secundario, ni una materia trivial, sino un asunto serio. Los hombres que han tenido éxito en la oración han hecho de la oración un negocio. Es un proceso que demanda el tiempo, el pensamiento, la energía y los corazones de la humanidad. La oración es negocio para el tiempo, negocio para la eternidad. Es el negocio del hombre orar, trascendiendo todos los demás negocios y tomando precedencia sobre todas las demás vocaciones, profesiones u ocupaciones. Nuestra oración nos concierne a nosotros mismos, a todos los hombres, a sus más grandes intereses, incluso a la salvación de sus almas inmortales. La oración es un negocio que se aferra a la eternidad y a las cosas más allá de la tumba. Es un negocio que involucra la tierra y el cielo. Todos los mundos son tocados y los mundos son influenciados por la oración. Tiene que ver con Dios y los hombres, los ángeles y los demonios.

Jesús fue preeminentemente un líder en la oración, y Su oración es un incentivo para la oración. ¡Cuán prominentemente está la oración en Su vida! Los eventos principales de Su carrera terrenal están marcados distintamente por la oración. La maravillosa experiencia y gloria de la Transfiguración fue precedida por la oración, y fue el resultado de la oración de nuestro Señor. Qué palabras usó mientras oraba no lo sabemos, ni sabemos por qué oró. Pero sin duda era de

noche, y hasta muy entrada en sus horas el Maestro oró. Fue mientras Él oraba que la oscuridad huyó, y Su forma fue iluminada con esplendor sobrenatural. Moisés y Elías vinieron a rendirle no solo la palma de la ley y la profecía, sino la palma de la oración. Ningún otro oró como Jesús ni tuvo alguna manifestación tan gloriosa de la presencia divina ni escuchó tan claramente la voz reveladora del Padre: «Este es mi Hijo amado; oídle». ¡Dichosos discípulos estar con Cristo en la escuela de la oración!

¡Cuántos de nosotros hemos fallado en llegar a este glorioso Monte de la Transfiguración porque desconocíamos el poder transfigurador de la oración! Es el apartarse para orar, las largas e intensas temporadas de oración en las que nos involucramos lo que hace que el rostro brille, transfigura el carácter, hace que incluso las vestiduras opacas y terrenales brillen con esplendor celestial. Pero más que esto: es la oración real la que hace que las cosas eternas sean reales, cercanas y tangibles, y que trae a los visitantes glorificados y las visiones celestiales. Las vidas transfiguradas no serían tan raras si hubiera más de esta oración transfigurada. Estas visitas celestiales no serían tan pocas si hubiera más de esta oración transfigurada.

¡Cuán difícil parece ser para la Iglesia entender que todo el esquema de la redención depende de hombres de oración! La obra de nuestro Señor, mientras estuvo aquí en la tierra, así como la del Apóstol Pablo, fue, por enseñanza y ejemplo, desarrollar hombres de oración, a quienes debería ser confiado el futuro de la Iglesia. ¡Cuán extraño que en lugar de aprender esta simple y tan importante lección, la Iglesia moderna la haya pasado por alto en gran medida! Tenemos necesidad de volver de nuevo a aquel admirable Líder del Israel espiritual, nuestro Señor Jesucristo, quien por ejemplo y precepto nos encarga a la oración y al gran Apóstol a los Gentiles, quien en virtud de sus hábitos de oración y lecciones de oración es un modelo y un ejemplo para el pueblo de Dios en cada edad y clima.